



Discurso del Rector

Santiago García-Jalón de la Lama

De re nostra agitur. Hoy nos ocupamos de un asunto propio, de nuestra entraña misma, de una de los nuestros. Por eso, sobre ser una solemne ceremonia académica, como lo acredita el distinguido concurso de doctores y de autoridades universitarias, el acto que celebramos está alentado por una íntima alegría. Porque una de los nuestros ha sido con justicia distinguida con la medalla de oro de la Universidad. Nunca más complacida la ubérrima madre nutricia que al otorgar hoy a una hija suya tal reconocimiento.

No es ésta la ocasión adecuada para recordar los lóbregos tiempos en que la brutalidad buscaba imponerse en las umbrías cañadas, en las colinas nemorosas, en el mar varonil que las traineras doblegan allá en las tierras del norte, ni es tampoco ocasión para avisar que esa brutalidad ha dejado un rastro viscoso que aún perdura y que amenaza con tornar desabrida cualquier lozanía.

Es, en cambio, tiempo de regocijo porque, en aquellos días, a pesar de tantos pesares, entre tanta desolación, hubo luces que mantuvieron su brillo en medio de la oscuridad haciendo constar la condición humana y porque de aquellas luces una era de los nuestros. Ella, comportándose como lo hizo, nos vistió de honor a todos nosotros.

No festejamos sólo su pasado. Le estamos también agradecidos por su combate actual en defensa de la vida, oponiéndose a la barbarie que comporta dar muerte a los más débiles, a los más inocentes, a los únicos enteramente inocentes, quienes, por eso mismo, son especialmente imágenes de Cristo. Mientras cunde la indiferencia o una dubitativa cobardía, cuando abundan los que exigen reconocer como derecho un crimen por el que la historia calificará de infame a esta generación, entre tanto silencio desconcertante, de nuevo se elevan para defender la vida solamente algunas voces y, de ellas, otra vez, una es de los nuestros.

Para conmemorar y agradecer tan inusual nobleza, la Junta Plenaria de Gobierno de esta Universidad, por decisión unánime, acordó otorgar la medalla de la Universidad a quien hoy se la hemos entregado. A fin de ponderar lo que esta distinción representa, conviene advertir que hace catorce años que no se concedía.

Pero regresemos aún a los días pretéritos, a los tiempos de antaño. Como ella se encarga de recordar con frecuencia, y como hizo constar en su obra autobiográfica *En la mitad de mi vida*, María se instruyó junto a nosotros en una Facultad, la de Filología Bíblica Trilingüe, que formaba parte de la quintaesencia de la Universidad.



Allí se indagaban textos antiguos, saberes arcanos, sin que esta inquisición tuviera otro motivo que el desinteresado amor a la sabiduría, el deseo de conocer nuestro origen, la voluntad de asomarse a universos culturales con los que confrontar el nuestro. Primero las leyes del Reino y la fragilidad humana después desbarataron esa iniciativa intelectual, que evocaba el esplendor del Renacimiento y compartía con él la ambición de acopiar lo humano y lo divino.

Es hora de concluir, que *vita brevis et occasio praeceps*. No querría, sin embargo, terminar mis palabras sin añadir una última reflexión. María: las guerras que has librado y las que sigues batallando, son patrimonio común: a la historia de la patria pertenecen. Pero los días reidores, las primeras nostalgias, el pan de los años mozos... esos son sólo nuestros porque aquí los viviste, los albergó esta casa. Tu casa desde aquel día en que de la mano de tu madre cruzaste por primera vez estas puertas.

Muchas gracias.